

## CAPÍTULO XI.

De los singulares efectos que produce el amor de los goces materiales en los siglos democráticos.

Por lo que precede podría creerse que el amor de los goces materiales debe arrastrar incesantemente á los americanos hácia el desórden de las costumbres, turbando las familias y comprometiendo la suerte de la sociedad misma. Pero no es así : la pasión de los goces materiales produce en el seno de las democracias distintos efectos que en los pueblos aristocráticos.

Algunas veces la falta de vigor en los negocios,

el exceso de la riqueza, la ruina de las creencias y la decadencia del Estado, conducen poco á poco una aristocracia hácia solo los goces materiales. Otras el poder del príncipe ó la debilidad del pueblo, sin quitar á los ricos su fortuna, los fuerza á separarse del poder, y cerrándoles la senda que conduce á las grandes empresas, los abandona á la inquietud de sus deseos: entónces se entregan exclusivamente á sí mismos, y buscan en los goces del cuerpo el olvido de su pasada grandeza.

Cuando los miembros de un cuerpo aristocrático se dirigen así únicamente hácia los goces materiales, reúnen solo por este lado toda la energía que han adquirido con el largo hábito del poder. Para tales hombres no es suficiente el bienestar; necesitan una suntuosa depravacion y una corrupcion estrepitosa: rinden un culto espléndido á la materia, y parece que desean á porfia distinguirse en el arte de embrutecerse.

Miéntas mas fuerte, gloriosa y libre haya sido una aristocracia, mas depravadâ se mostrará, y cualquiera que fuese el esplendor de sus virtudes me atrevo á predecir que será siempre sobrepujado por el escándalo de sus vicios.

El gusto por los goces materiales no conduce los pueblos democráticos á los mismos excesos. El amor



del bienestar se muestra en ellos como una pasion tenaz, exclusiva, universal, pero moderada. No se trata de construir grandes palacios, de vencer ó engañar la naturaleza, de agotar el universo para saciar mejor las pasiones de un hombre; se trata de dar alguna estension á sus campos, de plantar un arbolado, de hacer mas grande una habitacion, de proporcionar á la vida mas desahogo y comodidad, de evitar los disgustos y de satisfacer las mas mínimas necesidades sin esfuerzos y casi sin gastos. Estos objetos son pequeños en realidad, pero el alma se aficiona á ellos; los considera diariamente mui de cerca, acaban por ocultarle el resto del mundo, y vienen á colocarse algunas veces entre ella y la Divinidad.

Se dirá acaso que esto no puede aplicarse sino á los ciudadanos cuya fortuna es mediocre, y que los ricos manifestarán gustos análogos á los que hacian ver en los siglos de aristocracia; pero voi á contestar esta objeccion.

Los ciudadanos mas opulentos de una democracia no muestran gustos mui diferentes de los del pueblo respecto de los goces materiales, ya sea porque habiendo salido de su seno participan realmente de estos gustos, ya porque creen deber someterse á ellos. En las sociedades democráticas la sensualidad del público ha tomado un cierto giro



moderado y pacífico á que tienen que conformarse todos ; y tan difícil es salir de la regla comun por sus vicios como por sus virtudes.

Los ricos que viven en medio de las naciones democráticas aspiran á la satisfaccion de sus menores necesidades mas bien que á los goces extraordinarios ; satisfacen una multitud de pequeños deseos, y no se entregan á ninguna grande pasion desordenada : así es como caen mas fácilmente en la desidia que en la disolucion.

El gusto particular que los hombres de los siglos democráticos conciben por los goces materiales no se opone naturalmente al orden ; al contrario , lo necesita con frecuencia para satisfacerse. Tampoco es enemigo de la regularidad de las costumbres , pues las buenas son útiles á la tranquilidad pública y favorecen la industria. Muchas veces se combina tambien este gusto con una especie de moralidad religiosa : todo el mundo quiere estar lo mejor posible en esta vida, sin renunciar la felicidad de la otra.

Entre los bienes materiales debe siempre huirse de aquellos cuya posesion es criminal. Hai algunos cuyo uso permiten la religion y la moral, y á estos es á los que se entrega sin reserva el corazon , la imaginacion y la vida, y cuya posesion se desea con tanto empeño , que se pierden de vista los bienes



mas preciosos que constituyen la grandeza y la gloria de la especie humana. No acusaré nunca á la igualdad de que arrastre los hombres hácia los goces prohibidos , sino de que los absorba enteramente en busca de los permitidos.

Así, seria fácil establecer en el mundo una especie de materialismo que no corrompiera las almas, pero que las ablandara y concluyese por destemplanar todos sus resortes secretamente.



## CAPÍTULO XII.

Por qué razon ciertos americanos muestran un *espiritualismo* tan exaltado.

Aunque el deseo de adquirir los bienes de este mundo sea la pasion dominante de los americanos, hai momentos de interrupcion en que parece que su alma rompe de repente los lazos materiales que la retienen, y se escapa impetuosamente hácia el cielo.

Se ven algunas veces en todos los Estados de la Union, y mas particularmente en las comarcas que no están mui pobladas del Oeste, predicadores am-

bulantes que llevan de plaza en plaza, por decirlo así, la palabra divina: familias enteras, viejos, mujeres y niños atraviesan lugares difíciles y penetran por bosques desiertos para venir á oírlos, y cuando los encuentran, se quedan escuchándolos por muchos días y muchas noches, olvidándose del cuidado de sus negocios y hasta de otras necesidades mas urgentes.

Por toda spartes se hallan en el seno de la sociedad americana, almas llenas de un *espiritualismo* exaltado y casi feroz, que apenas se conoce en Europa. Se levantan de cuando en cuando sectas extravagantes que se esfuerzan en abrir nuevas vias hácia la felicidad eterna. Estas locuras religiosas son allí mui comunes y no deben absolutamente sorprender.

El hombre no se ha dado á sí mismo el gusto de lo infinito y el amor por lo inmortal. Estos sublimes instintos no nacen de un capricho de su voluntad; tienen su inmóvil fundamento en su naturaleza, y existen á despecho de sus esfuerzos, de manera que aunque pueda sujetarlos y desfigurarlos, nunca podrá destruirlos.

El alma tiene necesidades que es preciso satisfacer, y por gran cuidado que se tenga en distraerla de sí misma, se inquieta y se agita en medio de los goces de los sentidos.



Si el espíritu de la gran mayoría del género humano se reconcentrase alguna vez en la investigación sola de los bienes materiales, puede creerse que se obraría una prodigiosa reacción en el alma de algunos hombres, y se lanzarian perdidamente en el mundo de los espíritus, por miedo de quedar embarazados en las estrechas trabas que quisiera imponerles el cuerpo.

No se debe pues estrañar que en el seno de una sociedad que no piense sino en cosas de la tierra, se encuentre un corto número de individuos que no quieran ocuparse sino del cielo. Me sorprenderia sí, de que en un pueblo preocupado únicamente de su bienestar, el *misticismo* no hiciese bien pronto progresos.

Se dice que las persecuciones de los emperadores y los suplicios del circo poblaron los desiertos de la Tebaida, y yo pienso que mas bien fueron las delicias de Roma y la filosofía epicúrea de la Grecia.

Si el estado social, las circunstancias y las leyes no retuviesen tan estrechamente el espíritu americano en la investigación del bienestar, debe creerse que cuando él se ocupase de las cosas inmateriales, mostraria mas reserva y mas esperiencia, y se moderaria sin dificultad: mas él se siente encerrado en límites de que no se le permite salir; desde que



los traspasa no sabe dónde fijarse, y frecuentemente corre sin detenerse mas allá de los del sentido común.

### CAPÍTULO XIII.

Por qué se muestran tan inquietos los americanos en medio de su bienestar.

Se encuentran aun en algunos cantones retirados del antiguo mundo, pequeñas poblaciones que han estado como olvidadas en medio del tumulto universal y que han permanecido inmóviles cuando todo se conmovia al rededor de ellas. La mayor parte de estos pueblos son mui ignorantes y miserables; no se mezclan en los asuntos del gobierno, y frecuentemente los gobiernos los oprimen. Sin embargo, ellos muestran de ordinario un exterior sereno y un humor festivo.